

ECOLOGÍA Y EMANCIPACIÓN: HACIA UNA TEORÍA CRÍTICA ECOLÓGICA EN HERBERT MARCUSE

*Ecology and Emancipation:
Towards a Ecological Critical Theory in Herbert Marcuse*

JHOAN SEBASTIAN DAVID GIRALDO*

jhoan.david@udea.edu.co

Fecha de recepción: 5/4/2025
Fecha de aceptación: 19/11/2025

RESUMEN

Tras de cuatro décadas desde su muerte, Herbert Marcuse sigue ofreciendo claves fundamentales para analizar la crisis ecológica desde una perspectiva crítica. Aunque no desarrolló una teoría ambiental sistemática, su denuncia de la rationalidad instrumental capitalista –que reduce la naturaleza a mero recurso explotable– mantiene vigencia en un contexto de colapso ambiental. Marcuse reveló cómo el capitalismo no solo degrada el entorno, sino que también aliena al sujeto mediante falsas necesidades consumistas. Su incipiente crítica ecológica, junto a su llamado al Gran Rechazo, inspira hoy propuestas ecosocialistas que buscan superar el sistema. Este artículo explora tres dimensiones: 1) los fundamentos ecológicos en Marcuse, centrados en la reconciliación sociedad-naturaleza; 2) las posibilidades de una praxis radical anticapitalista; y 3) diálogos con teóricos contemporáneos como Reitz, Fraser y Saito. Su legado demuestra que la crisis ambiental es estructural, no técnica, y que otras vías son posibles.

Palabras clave: crítica ecológica, naturaleza, praxis social radical, crisis ambiental, ecosocialismo.

ABSTRACT

Over four decades after his death, Herbert Marcuse remains crucial for analyzing the ecological crisis through a critical lens. Though he never developed a systematic environmental theory, his critique of capitalist instrumental rationality—which reduces nature to an exploitable resource—remains relevant amid ecological collapse. Marcuse exposed how capitalism not only degrades the

* Universidad de Antioquia (Colombia).

environment but also alienates individuals through consumerist false needs. His nascent ecological critique, alongside his call for the Great Refusal, inspires contemporary ecosocialist proposals to transcend the system. This article examines three dimensions: 1) Marcuse's ecological foundations, focused on society-nature reconciliation; 2) possibilities for radical anti-capitalist praxis; and 3) dialogues with contemporary theorists like Reitz, Fraser, and Saito. His legacy proves the environmental crisis is structural, not technical, and that alternatives do exist.

Key words: ecological critique, nature, radical social praxis, environmental crisis, ecosocialism.

La liberación de la naturaleza es la recuperación de las fuerzas vivificantes que hay en ella, de las cualidades estéticas sensuales que son ajenas a una vida desperdiciada en actos competitivos sin fin: son fuerzas y cualidades que sugieren los nuevos rasgos de la libertad.

Herbert Marcuse, *Contrarrevolución y revuelta*.

Tras más de cuatro décadas desde su muerte, Herbert Marcuse sigue siendo un referente crucial para comprender las tensiones y contradicciones inherentes al capitalismo avanzado, especialmente en lo que respecta al medio ambiente y a la forma en que se configura la vida en la modernidad. Su obra, que desvela la estrecha relación entre la racionalidad instrumental y la degradación de la naturaleza, invita a una profunda reflexión sobre el modo en que el pensamiento crítico puede transformar el orden establecido. Lejos de constituir un dogma inmutable, el legado marcuseano se presenta como un estímulo para repensar la cultura, la política y la sociedad desde una perspectiva dialéctica que no solo denuncia la lógica de la explotación, sino que abre las puertas a nuevas imaginaciones emancipadoras.

En los últimos años, un aspecto menos explorado del pensamiento de Marcuse ha cobrado relevancia: su incipiente crítica ecológica. Aunque no desarrolló una teoría ambiental sistemática, sus reflexiones sobre la explotación de la naturaleza, el consumismo y la lógica destructiva del capitalismo ofrecen un marco fértil para pensar la crisis socioambiental actual. En un contexto marcado por el cambio climático, la degradación de los ecosistemas y el agotamiento de recursos, se hace necesario un análisis que rastree las raíces históricas y estructurales de esta situación. Marcuse muestra que la destrucción organizada de la naturaleza no es un accidente del desarrollo moderno, sino una consecuencia de la racionalidad tecnológica que convierte todo lo existente en objeto de dominación y utilidad económica. Su crítica, centrada

en la reducción de la vida a instrumento para la acumulación, conserva plena vigencia en un mundo donde el dominio sobre la naturaleza sigue siendo condición funcional del sistema capitalista. Por ello, recuperar críticamente sus aportes permite comprender que la crisis ecológica no es solo ambiental, sino también social y civilizatoria, además de que sus conceptos pueden servir de catalizadores para una transformación social.

El análisis del texto parte de la necesidad de abordar la crisis ecológica desde una perspectiva dialéctica. Ello implica reconocer que no constituye una falla externa o corregible del sistema, sino una manifestación inherente a su estructura productiva y su lógica de expansión ilimitada. La crisis ecológica expresa la primacía de la racionalidad instrumental, la mercantilización de la naturaleza y la producción de “falsas necesidades” que moldean la subjetividad y refuerzan patrones destructivos de consumo. Esta formulación sitúa la crisis ecológica como proceso histórico y socialmente condicionado, no como fallo técnico aislado. Se enriquece al incorporar visiones contemporáneas que complementan o disputan a Marcuse, como el ecosocialismo y las críticas al “capitalismo verde” o tecnocrático. Estas ofrecen respuestas paliativas frente a una crisis con raíces estructurales en la lógica del capital.

El texto se estructura en tres momentos. Primero, examino los fundamentos de la crítica ecológica en Marcuse, centrándome en su análisis de la razón instrumental y su potencial para una reconciliación no represiva con la naturaleza. En segundo lugar, reflexiono sobre las implicaciones políticas de esta relectura, indagando si es posible una praxis radical que, siguiendo a Marcuse, cuestione las estructuras del capitalismo al tiempo que explore alternativas ecológicamente viables. Finalmente, considero propuestas contemporáneas que amplían y pluralizan el debate ecosocial, como las de Reitz, Fraser y Saito, amplían y complejizan esta discusión desde distintos enfoques de la teoría crítica y el ecosocialismo, sin remitirse necesariamente de forma directa a Marcuse.

1 HACIA UNA CRÍTICA ECOLÓGICA

En la actualidad, la problemática del cambio climático y la crisis ecológica ha alcanzado niveles alarmantes. “El medioambiente cambia como resultado de la intervención humana y sufre los efectos de nuestro poder para destruir las condiciones de sustentabilidad de la vida humana y de los seres vivientes no humanos” (Butler, 2020: 91) y cada vez más personas se han dado cuenta de la necesidad de actuar para

proteger nuestro planeta (Gorz, 2008, 2012; Saito, 2022a). Sin embargo, la mayoría de las soluciones propuestas se enfocan en cambios superficiales y tecnológicos, sin cuestionar el sistema económico y social subyacente. A propósito de lo anterior, exploraré la perspectiva de Marcuse sobre la relación entre la necesidad de una transformación radical de la sociedad y la preocupación por la ecología.

Según Marcuse, el problema ecológico no puede entenderse como un efecto colateral del desarrollo técnico, sino como resultado de rasgos constitutivos del capitalismo y del modo en que este orienta la tecnología hacia la dominación y la rentabilidad. En *El hombre unidimensional* y en sus escritos sobre técnica y liberación¹, Marcuse da cuenta de la “racionalidad instrumental” imperante en la sociedad industrial avanzada, la cual manifiesta una primacía de fines de eficiencia, control y acumulación, que ha invertido la jerarquía entre medios y fines: el aparato productivo, al autonomizarse, absolutiza sus propios criterios de funcionamiento y neutraliza la emergencia de fines cualitativamente distintos, reduciendo el horizonte histórico a la mera reproducción ampliada de lo existente. Esta lógica transforma la técnica en un modo de organización social que redefine necesidades, reconfigura la vida cotidiana y subsume la naturaleza bajo lógicas productivas. En esta clave, la tecnología no es neutral: constituye y reproduce relaciones de dominación al priorizar la maximización del beneficio y la optimización de procesos por encima de los límites ecológicos y del bienestar social. Así pues, la degradación ambiental aparece como efecto estructural –no contingente– de un modo de producción y de una lógica técnica que requieren una transformación integral, que combine reorganización social del trabajo, límites a la mercantilización de la naturaleza y nuevas prioridades valorativas en la esfera pública. Esto implica no solo cambios en las prácticas y hábitos individuales, sino también un examen exhaustivo y una reestructuración drástica de las estructuras económicas y sociales existentes. Marcuse sostiene que la lógica capitalista ha producido una sociedad unidimensional en la que el pensamiento crítico y la imaginación han sido sofocados por una cultura de la eficiencia y el consumo.

Marcuse no desarrolló una teoría ecológica sistemática; sin embargo, su obra contiene múltiples reflexiones que permiten reconstruir una crítica ambiental implícita², derivada de su análisis del capitalismo avanzado y de la racionalidad tecnológica.

¹ Véase Marcuse (1969, 1971, 1975, 2001, 2020).

² En distintos pasajes de su obra, Marcuse aborda la problemática de la técnica y la dominación de la naturaleza, lo que permite reconstruir una crítica ambiental implícita. Véase, entre otros: *El hombre unidimensional*, especialmente el capítulo “La conquista de la conciencia infeliz”; *Ensayos sobre política y cultura*, donde discute la noción de progreso; “La nueva sensibilidad” en *Un ensayo sobre la liberación* (1969); *Contrarrevolución y revuelta*, entre otros.

Solo en algunos textos tardíos, –como “Ecología y revolución” (1972) y “La ecología y la crítica de la sociedad moderna” (1979), esta problemática adquiere un lugar central. No obstante, no por ello es una problemática menor en su obra; si bien alcanza una elaboración conceptual más completa en su etapa tardía, su sensibilidad temprana hacia la naturaleza anticipa ya una orientación crítica que luego se profundizará en clave ecológica. Esta crítica supone una comprensión profunda de cómo interactúan la sociedad y la naturaleza y de cómo el capitalismo ha modificado estas relaciones en detrimento del medio ambiente. Según Marcuse, la catástrofe ecológica es el resultado de la enajenación de la humanidad con respecto a la naturaleza y su superación exige no tanto una reconexión, que supondría una armonía previa, sino un proceso de reconciliación capaz de transformar la relación históricamente mediada entre sociedad y naturaleza mediante una reestructuración cualitativa del orden social. A su juicio, es necesaria la constitución de un movimiento social amplio que, además de las demandas ecológicas, articule transformaciones en las relaciones de trabajo, las instituciones políticas y las formas de vida cultural, con el fin de desactivar la racionalidad instrumental dominante (Marcuse, 2003, 2021a, 2021b). Este movimiento debería cuestionar el actual sistema social y económico. Así pues, la catástrofe ecológica actual es el resultado del sistema económico y social existente y se requiere una transformación fundamental de la sociedad para abordarla con eficacia. De allí surge la preocupación central de Marcuse: la necesidad de una nueva relación entre humanidad y naturaleza que haga posible una civilización no represiva y ecológicamente sustentable.

Esta preocupación se origina en las condiciones objetivas del capitalismo avanzado, donde la racionalidad instrumental se traduce en degradación ecológica, explotación del trabajo y mercantilización de la vida. Tales factores configuran un orden social que perpetúa la alienación del ser humano frente a la naturaleza y obstaculiza toda posibilidad de reconciliación entre ambos. A partir de su atención a los movimientos que niegan las condiciones objetivas de la sociedad existente, Marcuse examina las estructuras materiales y culturales que las producen y las formas en que esas mismas condiciones pueden devenir factores de emancipación. Para ello, es necesario atender a la dimensión subjetiva y psicosocial de la dominación: aquella que “se reproduce en la conciencia de los individuos y también en su inconsciente..., [la cual] es una de las bases para el mantenimiento del orden político y económico establecido por la sociedad” (Marcuse, 2021a: 41).

Marcuse articula una dialéctica entre sociedad e individuo: las instituciones, normas y dispositivos técnicos de la sociedad configuran profundamente las disposiciones, deseos y expectativas de los sujetos; no obstante, los individuos no son meros receptáculos pasivos. A través de prácticas cotidianas, discursos y acción colectiva, los sujetos reproducen, negocian y potencialmente transforman las mismas estructuras sociales que los constituyen. Esta doble dirección es central para comprender cómo procesos sociales y ecológicos se entrelazan. En la sociedad industrial avanzada, la satisfacción material se encuentra estrechamente vinculada a procesos de destrucción, pues la lógica de dominación que rige la producción convierte el goce de los bienes en una forma indirecta de violación de la naturaleza. Así pues, la introyeción de la destructividad se anestesia en la medida en que este está vinculada a la producción y la productividad, a la satisfacción de las necesidades. Esto se da porque, a pesar de toda su depredación de los recursos humanos y naturales, igualmente aumenta las satisfacciones materiales y culturales para la mayor parte de la gente en las sociedades más desarrolladas. Por tanto, la destructividad del orden capitalista no aparece como pura violencia, sino como el precio legítimo del progreso: el sistema la encubre mediante la producción y satisfacción de falsas necesidades que aseguran la adhesión de los individuos al *statu quo*.

A juicio de Marcuse (2005), la posibilidad de una respuesta radical a las condiciones objetivas de las sociedades industriales avanzadas no aparece ya como el resultado de un sujeto colectivo homogéneo o de una acción masiva unívoca. En su diagnóstico, la lógica de la *sociedad unidimensional* tiende a absorber y neutralizar las grandes formaciones de oposición; por ello la resistencia emancipadora suele manifestarse en núcleos minoritarios que atraviesan las divisiones de clase y articulan formas de negación y praxis alternativa. Estas pequeñas formaciones pueden operar como focos de crítica y experimentación social, capaces de cuestionar hábitos, valores y la organización técnica y productiva dominantes, y en determinadas condiciones confluir para producir efectos de cambio más amplios. En uno de estos frentes, Marcuse encuentra el movimiento ecologista (Chen, 2018; Luke, 2004). En varias de sus obras, Marcuse desarrolla una crítica a la destructividad del sistema capitalista que, sin adoptar todavía un discurso ecológico explícito, contiene los fundamentos de una reflexión ambiental radical. Según Marcuse, “la naturaleza es la fuente y el lugar de las pulsiones de vida que luchan contra las pulsiones de agresión y destrucción” (Marcuse 2021a: 34). Sin embargo, Marcuse también denuncia que la lógica social se manifiesta como una suerte de “guerra” contra la naturaleza, tanto contra la

naturaleza humana como contra la no humana. Esta guerra se expresa en crecientes exigencias de explotación productiva que colisionan con los límites ecológicos y con las condiciones materiales de reproducción de la vida.

En las décadas de los 60 y 70 Marcuse ya empieza a ver el movimiento ecologista como uno de los movimientos importantes que sirven como oposición, no solo en este tema en particular, sino también como una crítica radical de las condiciones que el capitalismo genera en estas sociedades. En una conferencia impartida en París en 1972, titulada “Ecología y revolución”, Marcuse (2021a) advierte que una parte del discurso ecologista puede ser asimilada por el sistema, en la medida en que sus críticas son susceptibles de ser absorbidas y neutralizadas por las mismas estructuras que pretenden cuestionar. Sin embargo, esto no le impide reconocer el potencial emancipador que tiene el referirse a estos temas. Incluso resalta las luchas que se han llevado a cabo a nivel generalizado, logrando una oposición a su modo con los medios disponibles, pese a que no están organizadas y se hacen de manera espontánea.

En las últimas décadas, Charles Reitz ha subrayado el protagonismo juvenil en la reapertura de agendas políticas que los partidos tradicionales habían dejado de atender (Reitz, 2023: 202), además de otros movimientos que sirven de ejemplo para mostrar ese cambio de actitud en la generación actual³. Ello evidencia una renovada disposición a cuestionar el *statu quo* y a reivindicar demandas por justicia social, económica y ambiental. Estas expresiones constituyen formas opositoras a las condiciones sociales y ecológicas vigentes: son, muchas veces, incipientes y parciales, pero señalan discontinuidades importantes respecto a la pasividad que describe Marcuse. No pretenden, actualmente, detener por sí solas el avance del colonialismo, el extractivismo o la lógica acumulativa del capitalismo. Sin embargo, dan cuenta de que persisten núcleos de inconformidad y de prácticas que cuestionan rutinas, normas y prioridades de la sociedad unidimensional. En términos de Marcuse, pueden leerse como signos de negación –a menudo fragmentaria y no sistemática– que abren espacios para la experimentación política y la reconfiguración de prioridades sociales y ecológicas, sin que ello implique afirmar que la unidimensionalidad ha sido superada.

Ahora bien, la preocupación de Marcuse por la ecología no es arbitraria ni caprichosa. En palabras del mismo Marcuse:

³ Véase John Della Volpe (2022), quien ha documentado ampliamente esta participación de los jóvenes, llegando incluso a demostrar lo que él denomina “el espíritu de lucha de la generación Z” que indica un cambio de actitud único en esta generación.

“¿Por qué preocuparse por la ecología? Porque la violación de la Tierra es un aspecto vital de la contrarrevolución. La guerra genocida contra las personas también es un “ecocidio” en la medida en que ataca las fuentes y los recursos de la vida misma. Ya no es suficiente acabar con las personas que viven ahora; la vida también debe ser negada a aquellos que aún no han nacido, quemando y envenenando la Tierra, deforestando los bosques, haciendo explotar los diques.” (Marcuse, 2021a: 33)

Esta cita muestra de manera más clara su crítica ecologista, cuya preocupación es de suma relevancia tanto para las generaciones presentes como futuras. La problemática ecológica revela las contradicciones internas del capitalismo, un sistema que basa su expansión en la explotación del trabajo humano y de la naturaleza. Esta crisis no es un accidente, sino el resultado de una racionalidad productiva que pone en riesgo las condiciones mismas de la vida y exige, por tanto, una transformación política y cultural. Así pues, vemos que su preocupación ecológica no se restringe al medio ambiente, sino que tiene también un alcance político. Está en juego el modelo de producción y consumo, por tanto, también lo están las condiciones necesarias efectivas para una vida humana plena: la posibilidad de existencia en condiciones de tranquilidad y felicidad.

Ahora bien, en consonancia con una de las tesis centrales que aparece a lo largo de *Eros y civilización*, en el texto “Ecología y revolución” muestra cómo la civilización siempre ha intentado cambiar la naturaleza del ser humano y su entorno natural para civilizarlo. En una sociedad como la capitalista, este proceso ocurre bajo condiciones en las que los individuos dejan de ser fines en sí mismos y pasan a ser tratados como sujetos-objeto del mercado; es decir, se transforman en meros instrumentos de trabajo, progresivamente más enajenados de su propia existencia. Es importante señalar, como también advierten Horkheimer y Adorno (2009), que la dominación de la naturaleza constituye uno de los rasgos centrales de la modernidad ilustrada, rasgo que alcanza su expresión más clara en la sociedad industrial avanzada. De ahí que Marcuse mencione que la enajenación de la naturaleza humana se desplace asimismo a la naturaleza externa. Si bien es importante resaltar que la naturaleza siempre ha fungido como un aspecto del trabajo, también se ha manifestado históricamente, y especialmente en condiciones modernas, como un algo “más allá” de la dimensión instrumental del trabajo, a saber, como símbolo de belleza, tranquilidad y orden no represivo.

La oposición entre representación normativa y praxis material debe entenderse metodológicamente: en el plano normativo la naturaleza puede figurar como crítica a la sociedad de mercado; pero en la praxis institucional –políticas económicas, regímenes jurídicos y tecnologías productivas– la naturaleza es apropiada y transformada en capital natural. Esa apropiación opera mediante normas de tenencia, procesos técnicos de extracción y criterios económicos que convierten elementos naturales en insumos y externalidades al servicio de la acumulación. Así pues, resulta que “cuanto más aumenta la productividad capitalista, más destructiva se vuelve” (Marcuse, 2021a: 34). Marcuse articula una correlación dialéctica entre el dominio de la naturaleza externa y la configuración de la “naturaleza interna” o subjetividad. En continuidad crítica y en diálogo con Horkheimer y Adorno (2009), la racionalidad instrumental que organiza la apropiación técnica de la naturaleza se refleja en la reconfiguración de las pulsiones, los deseos y las necesidades: la técnica y la lógica productiva reconducen la energía libidinal hacia fines de trabajo, consumo y control, mientras que la producción de “falsas necesidades” neutraliza la potencia crítica del sujeto. En *Eros y civilización* Marcuse desarrolla esta tesis al mostrar cómo la civilización tecnológica sublima y reprime las pulsiones de vida, de modo que la emancipación ecológica no puede disociarse de una reconfiguración de la subjetividad –es decir, de formas de satisfacción, placer y organización social no alienantes–. En consecuencia, la guerra contra la naturaleza es a la vez guerra contra la naturaleza interna: la explotación externa produce modalidades subjetivas subordinadas, y la interiorización de valores instrumentales facilita y reproduce la explotación externa. Esta reciprocidad explica por qué cualquier propuesta de transformación ecológica genuina exige simultáneamente cambios en las relaciones materiales de producción y en los horizontes valorativos y afectivos de los sujetos (Horkheimer/Adorno, 2009; Marcuse, 2003, 2005). Esto evidencia que no se trata simplemente de una problemática de orden puramente ambiental.

Adicionalmente, el mundo natural está entrelazado con la historia y las relaciones sociales: su condición como objeto y su régimen de uso se configuran mediante prácticas económicas, técnicas y políticas. La explotación de la naturaleza no responde a una tendencia interna, sino a intereses sociales que la instrumentalizan como insumo, fuente de valor o depósito de externalidades. Así, la naturaleza refleja las relaciones humanas: la organización de la producción y la vida social se proyecta sobre el entorno, y viceversa. Por ello, la cuestión ecológica no es exclusiva de los

ambientalistas, sino que revela dimensiones económicas, psicológicas y políticas que requieren intervención colectiva y reconfiguración de prioridades sociales.

“La contaminación y el envenenamiento son fenómenos tanto físicos como mentales, subjetivos y objetivos. La lucha por un entorno que garantice una vida más feliz podría reforzar, en los propios individuos, las raíces pulsionales de su propia liberación. Cuando las personas ya no son capaces de distinguir entre la belleza y la fealdad, entre la tranquilidad y el ruido, ya no entienden la cualidad esencial de la libertad, de la felicidad. En la medida en que se ha convertido en el territorio del capital más que del hombre, la naturaleza sirve para fortalecer la servidumbre humana. Estas condiciones están arraigadas en las instituciones básicas del sistema establecido, para las cuales la naturaleza es principalmente un objeto de explotación con fines de lucro.” (Marcuse, 2021a: 38)

Siguiendo esta cita, la contaminación y el envenenamiento no solo afectan la salud física, sino también la psíquica (Lu, 2019). En el capitalismo, la explotación de recursos naturales genera beneficios económicos, pero también residuos y degradación ambiental. Esta instrumentalización tiene efectos emocionales: la pérdida de la capacidad de distinguir lo bello de lo feo, lo pacífico de lo ruidoso, erosiona una facultad estética que, según Marcuse, es condición de posibilidad para la libertad y una felicidad no represiva. En *Eros y civilización* Marcuse (2003) muestra que la sensibilización estética –la apertura al placer sensorial, a la experiencia de lo bello– habilita modos de satisfacción que escapan a la lógica productiva y a la instrumentalización de la vida. Cuando esa capacidad se adormece, el sujeto pierde no sólo gusto o disfrute, sino también una dimensión sustantiva de su libertad práctica: se reducen las posibilidades de imaginar y vivir formas de existencia no subordinadas a la producción y al consumo. Por eso la recuperación de la sensibilidad estética aparece en Marcuse como un requisito para cualquier proyecto de reconciliación no represiva con la naturaleza y para una práctica política que aspire a transformar hábitos, deseos y prioridades sociales. En la sociedad capitalista, la relación con la naturaleza está mediada por una racionalidad instrumental que la reduce al objeto de producción y consumo, imponiendo categorías funcionales como utilidad, rendimiento y beneficio. Esta visión refleja la lógica del sistema, que prioriza el lucro sobre el bienestar y la felicidad humana.

La lucha ecologista es también una lucha por la esfera de existencia donde se despliegan las fuerzas productivas. Buscar un medio ambiente sano implica una liberación social, ya que la lógica ecológica y la capitalista son excluyentes. La protec-

ción de la Tierra y el desarrollo de los países rezagados no pueden lograrse dentro del marco capitalista (Lessenich, 2019). Por ello, la práctica ecológica radical no debe limitarse a defender el medio ambiente, sino enfrentar el sistema capitalista en su conjunto. Esto exige reestructurar las instituciones básicas de la sociedad y buscar alternativas a la producción y el consumo capitalistas, para que la naturaleza deje de ser explotada y se convierta en un espacio de desarrollo pleno para individuos y ecosistemas.

Esta práctica implica una transformación social profunda, donde la naturaleza ya no se vea como recurso, sino como territorio para una existencia no enajenada. Supone una crítica al sistema basado en la explotación y la servidumbre humana, y exige el desarrollo de una nueva sensibilidad (Marcuse, 1975). Esta es entendida no solo como una mayor conexión con el entorno, sino como una transformación cualitativa de la percepción y del deseo: una forma de experiencia en la que razón y sensibilidad se reconcilian, haciendo posible una relación no represiva con la naturaleza y con los otros. Se pretende transformar radicalmente la sociedad y construir nuevas formas de sensibilidad y de relacionamiento entre los seres humanos con el mundo y la naturaleza.

2 NEGACIÓN Y PRAXIS RADICAL ECOLÓGICA

Marcuse identificó en el naciente movimiento ambiental una de las expresiones más prometedoras de la negación del sistema capitalista, al reconocer en él un potencial activista y emancipador frente a la destructividad institucional de la sociedad industrial avanzada. Durante la década de 1970, esta preocupación ecológica adquirió una visibilidad global: informes como *Los límites del crecimiento* (Meadows y otros, 1972) y las primeras movilizaciones ambientalistas pusieron en evidencia la relación entre desarrollo económico, agotamiento de los recursos y deterioro de la vida humana.

Ha habido una genuina preocupación por los eventos climáticos extremos que han afectado a la humanidad: huracanes, inundaciones, sequías e incendios forestales, vinculados al calentamiento global por la quema de combustibles fósiles. A esto se suman el despilfarro de recursos, la mala gestión de residuos plásticos en los océanos, la contaminación del suelo, la degradación del agua y del aire, el agotamiento del ozono, la acidificación de los océanos y la pérdida de hábitats y biodiversidad.

Todos estos problemas están profundamente ligados a un sistema global de desigualdad económica y conflicto (Reitz, 2018: 2).

En este contexto, Charles Reitz (2018) destaca que la obra de Marcuse ofrece el radicalismo estratégico y el optimismo necesarios para enfrentar la crisis actual. La contradicción entre el crecimiento productivo y la destrucción de la naturaleza se ha vuelto más evidente, aunque no siempre reconocida. Junto a una creciente conciencia ecológica en ciertos sectores y movimientos críticos, persisten resistencias y negaciones que reflejan una disputa ideológica sobre el sentido del progreso. Para Marcuse, esta conciencia crítica representa una oposición a los valores dominantes del capitalismo, al cuestionar la necesidad de vivir como instrumentos de trabajo y consumo alienado, y al abrir la posibilidad de formas de existencia más libres y reconciliadas con la naturaleza.

De acuerdo con ello, y siguiendo a Charles Reitz (2018), podemos decir que la obra de Marcuse tiene el radicalismo y el optimismo que hoy necesitamos más que nunca. En la etapa actual del desarrollo capitalista, la contradicción entre el crecimiento productivo y la destrucción de la naturaleza se ha vuelto cada vez más visible, aunque su reconocimiento no es homogéneo. Junto a una creciente conciencia ecológica –particularmente en ciertos sectores sociales y movimientos críticos– persisten fuertes resistencias y negaciones del problema ambiental⁴, que reflejan la disputa ideológica en torno al sentido del progreso. Según Marcuse, allí donde esta conciencia emerge, se expresa una oposición a los valores dominantes del capitalismo: “ya no es necesario existir como un instrumento de trabajo y ocio alienado” (Marcuse, 2021a: 35).

Marcuse vincula el cambio de conciencia con una transformación en la sensibilidad colectiva, especialmente entre quienes se oponen a los valores capitalistas. Esta conciencia crítica implica reconocer que el bienestar no depende del crecimiento permanente de la producción. La revuelta de jóvenes –estudiantes, trabajadores, mujeres– en nombre de la libertad y la felicidad representa una crítica profunda al sistema, orientada hacia la creación de un entorno natural y técnico radicalmente distinto. Este impulso ha dado lugar a experimentos subversivos como las comunas esta-

⁴ Aunque ha crecido la conciencia ecológica global, persisten fuertes corrientes de negacionismo climático articuladas a intereses económicos fósiles. El lema político trumpista “*“Drill, baby, drill!”*” sintetiza esta defensa del extractivismo basada en la negación de la crisis ambiental. Encuestas recientes muestran que alrededor del 15% de la población en EE. UU. niega el cambio climático y una proporción mayor lo minimiza o rechaza políticas ambientales (Mullinix, 2024; Pasquini et al., 2023). En América Latina, el negacionismo adopta formas asociadas a la defensa del extractivismo como motor de desarrollo (Gudynas, 2015; Svampa, 2021).

dounidenses⁵, que buscaron relaciones no alienadas entre géneros, generaciones y con la naturaleza, manteniendo viva la conciencia de rechazo y renovación (Marcuse, 2021a: 36).

La crítica de Marcuse revela que el sistema capitalista se basa en valores incompatibles con la felicidad y la dignidad humanas. Son los sujetos marginales y contestatarios quienes impulsan formas de vida alternativas que respetan la naturaleza. Las comunas son ejemplos de prácticas que desafiaron el orden establecido y propusieron una cultura de liberación. En este sentido, el movimiento ecológico adquiere un carácter político al cuestionar las condiciones de posibilidad del capitalismo y sus valores. No olvidemos que en esta sociedad la oposición es fácilmente integrada en el pensamiento político establecido, como bien expone Marcuse (2005) en *El hombre unidimensional*. Buena parte de la publicidad actual apela a la responsabilidad individual ante la crisis ambiental –consumir verde, reciclar, reducir–, desplazando la culpa ecológica hacia los sujetos y encubriendo la lógica destructiva del sistema productivo. Incluso en sectores como la industria automotriz, las campañas que exaltan la eficiencia energética o la *movilidad limpia* refuerzan, en última instancia, el imaginario del crecimiento ilimitado y el consumo continuo. Aunque ha habido avances en conciencia ambiental, muchas formas del ecologismo político mejoran condiciones particulares sin alterar el sistema productivo, perpetuando el *statu quo* y adaptando mejor a los individuos a una sociedad cuyas estructuras destructivas permanecen intactas.

Vale la pena destacar el inicio de la conferencia “Ecología y revolución”, donde Marcuse expresa su inquietud por el modo en que parte del discurso ecologista puede ser absorbido por el sistema. Aun así, subraya la importancia de su carácter opositor, pues en él percibe un potencial de negación frente al orden establecido. Dicho potencial, sin embargo, se manifiesta de manera fragmentaria, en pequeños grupos y movimientos que trascienden las divisiones de clase. En muchos casos, esta resistencia adopta formas despolitizadas, orientadas hacia la transformación individual más que hacia la acción colectiva. Sin embargo, incluso esta aparente retirada al ámbito subjetivo conserva una ambivalencia: al reactivar la conciencia y la sensibilidad de los individuos, puede abrir la posibilidad de un cambio social.

⁵ Las comunas estadounidenses de los años 60 y 70, vinculadas a la contracultura, el pacifismo y el ecologismo, ensayaron formas alternativas de vida basadas en cooperación, autogestión y crítica al capitalismo (Frías, 2021). Experimentos como The Farm, Drop City o Twin Oaks buscaron integrar vida comunitaria y sostenibilidad, aunque la mayoría enfrentó dificultades económicas y conflictos internos que limitaron su continuidad histórica.

A pesar de la absorción a conveniencia del sistema, Marcuse rescata un elemento progresista, donde en medio del desarrollo se van dando cierto número de necesidades y aspiraciones que insertan una idea de necesidad de cambio de comportamiento, experiencias y actitudes de las personas hacia su trabajo: “las demandas económicas y técnicas se trascienden en un movimiento de revuelta que desafía al modo de producción y al modelo de consumo” (Marcuse, 2021a: 38). Por lo tanto, cualquier tipo de transformación debe pasar por la presuposición de la subversión gradual de las necesidades existentes, por lo que el cambio es por la desintegración de la universalidad de las necesidades introyectadas por unas necesidades emancipatorias. Marcuse aclara que estas necesidades no son creaciones imaginarias, sino tendencias reales que emergen en el seno de las sociedades industriales, en tensión con la racionalidad instrumental que las reprime. Estas son completamente incompatibles con el capitalismo en general.

Nótese que el replanteamiento de las necesidades no se limita al ámbito económico, sino que apunta a una transformación de la vida cotidiana en su conjunto. En el pensamiento de Marcuse, la liberación no consiste únicamente en redistribuir los bienes materiales, sino en modificar los deseos, los hábitos y las formas de sensibilidad que sostienen el orden existente. De ahí que proponga un nuevo sistema de necesidades y objetivos posible solo “en los términos de la negación del sistema constituido, o sea, formas de vida, un sistema de necesidades y satisfacciones donde los instintos agresivos, represivos, de explotación, estén acallados por la energía sensible y tranquilizadora de los instintos vitales” (Marcuse, 1970: 185). La transformación social no puede limitarse a reformas estructurales externas: exige una reconfiguración profunda de la subjetividad y de las formas de sensibilidad. Para Marcuse, la emancipación implica cuestionar el principio de realidad dominante que normaliza la dominación y la destrucción, lo cual convierte a la sensibilidad en un terreno de disputa política. De ahí que los movimientos radicales contemporáneos –aunque no se ajusten a la lucha de clases en su sentido clásico– expresen una revuelta que involucra a la totalidad del sujeto, integrando razón, cuerpo y deseo como fuerzas críticas frente al orden existente (Marcuse, 2021a: 52).

Esta formulación revela la esperanza que Marcuse deposita en movimientos que desbordan los marcos clásicos de la lucha social. En ellos reconoce una crítica profunda al orden dominante, una transformación que no solo cuestiona estructuras externas, sino que moviliza la subjetividad misma. En este marco, Marcuse identifica “una revuelta de las pulsiones de vida contra la destrucción organizada y socializada”

(Marcuse, 2021a: 52), lo cual señala que la resistencia no solo se expresa en términos materiales, sino también en la reconfiguración de deseos, afectos y formas de experimentar el mundo.

En consecuencia, la superación de la crisis ecológica no puede alcanzarse mediante reformas ambientales superficiales, sino únicamente a través de una reestructuración radical de la sociedad que ponga fin a las formas sistémicas de explotación, dominación y opresión. Por tanto, siguiendo a Marcuse (2021a):

“El objetivo es el bienestar, pero un bienestar definido no por el consumo cada vez mayor al precio del trabajo cada vez más intensificado, sino por el logro de una vida liberada del miedo, la esclavitud asalariada, la violencia, el hedor y el ruido infernal de nuestro mundo industrial capitalista. El problema no es embellecer la fealdad, ocultar la pobreza, desodorizar el hedor, cubrir las prisiones, los bancos y las fábricas con flores; el asunto no es la purificación de la sociedad existente sino su reemplazo.” (Marcuse, 2021a: 37)

Por consiguiente, Marcuse reconoce en el movimiento ecologista un potencial político y psicológico para la liberación. Lo vincula con su concepto de “pacificación de la existencia”, entendida como la restauración del entorno vital y la superación de la miseria, la angustia y las condiciones que perturban la vida humana. Por una parte, para Marcuse este es un movimiento político, porque “confronta el poder concertado del gran capital, cuyos intereses vitales amenaza este movimiento” (Marcuse, 2021a: 51). Por otra, también es psicológico, porque “la pacificación de la naturaleza externa, la protección del entorno vital, también pacificaría la naturaleza dentro de hombres y mujeres” (Marcuse, 2021a: 51). Para que el movimiento ambiental sea efectivo, debe sustituir la energía destructiva del principio de rendimiento por una energía erótica afirmativa de la vida. Esta transformación libidinal permitiría sublimar las pulsiones de agresión y dominio en fuerzas orientadas al cuidado, el goce y la preservación, generando una revuelta contra el principio de realidad dominante. En este marco, la politización del eros adquiere un papel central como fuerza de protesta y transformación.

Como ya se ha señalado, los movimientos radicales contemporáneos no se limitan a la lucha de clases en su sentido económico tradicional. Más allá de la confrontación entre capital y trabajo, buscan transformar las formas de vida, la relación con la naturaleza y los patrones culturales que reproducen la dominación. Por lo tanto, los movimientos para la transformación radical se manifiestan como revueltas existenciales contra el principio de la realidad. Así pues, si bien esta lucha en el terreno

ecológico en principio parece individual, porque acoge las energías pulsionales individuales, es política en tanto que subvierte el orden establecido, al cuestionar el principio de realidad vigente y abrir la posibilidad de una relación no represiva con el mundo natural y con los otros.

Cada vez más la lucha ecológica entra en conflicto con las leyes que gobiernan el sistema capitalista, como la del incremento de la acumulación de capital, la creación de plusvalía, etc. Así la lucha por la expansión de la belleza⁶, la no violencia y la tranquilidad –es decir, la lucha por la conservación de la naturaleza– es, a su vez, una lucha política. Estos son propiamente los valores que se han de proteger en los movimientos ecológicos, que compete no solamente a privilegiados, sino que es una cuestión de supervivencia de la naturaleza y del ser humano cada vez más urgente. Entonces, esta lucha es por el bienestar, pero no uno donde la determinación sea el aumento del consumo con un trabajo cada vez más intensificado, sino por la liberación de las condiciones humanas, una donde el miedo, la esclavitud asalariada, la violencia, el hedor, la basura y el ruido no sean las determinaciones de la vida de las personas. La idea es una transformación radical social, que no busca embellecer la pobreza, ni hacerla más soportable, sino su superación radical.

3 PARA UNA CRÍTICA ECOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

Siguiendo el diagnóstico sobre la racionalidad instrumental y la producción de “falsas necesidades”, conviene observar cómo esa lógica restringe hoy las posibilidades emancipadoras. Marcuse advierte que la sociedad unidimensional neutraliza alternativas al incorporarlas o gestionarlas desde arriba: demandas disidentes son canalizadas, institucionalizadas o profesionalizadas, y muchas veces traducidas en soluciones tecnocráticas o de mercado. Así, las propuestas radicales pierden su capacidad de cuestionar las condiciones objetivas de la reproducción capitalista y se tornan concepciones jerárquicamente administradas de cambio, es decir, proyectos *top-down* que priorizan la gestión, la eficiencia y la normalización sobre la transformación estructural. Hoy es posible ver ese fenómeno en formas variadas de mercantilización

⁶ En su ensayo “El arte en la sociedad unidimensional”, Marcuse (1970) plantea la belleza como medio para preparar la verdad, aunque en una sociedad donde la realidad es fea y destructiva para el ser humano y el entorno. En ese contexto, la belleza se vuelve una forma sublimada de dicha sociedad. La realización histórica del arte implica concebir la sociedad como obra artística, donde la belleza se alinea con la verdad y la realidad. Esto no remite a un estado de conciencia, sino a una transformación efectiva de la sociedad, con una nueva sensibilidad y necesidades radicalmente distintas.

del discurso crítico y en respuestas que privilegian el ecoconsumismo y la fe tecnocrática en soluciones que no tocan las raíces del problema (Stevenson, 2023).

La crítica ecológica de Marcuse se centra en mostrar que el deterioro ambiental, el consumo desmedido y la proliferación de conflictos bélicos son consecuencias inherentes al propio desarrollo del sistema capitalista. En las últimas décadas, diversos autores han retomado y desarrollado los planteamientos ecológicos presentes en su obra, o bien han elaborado perspectivas afines que, aun sin referirse explícitamente a Marcuse, comparten su horizonte crítico frente al capitalismo contemporáneo (Feenberg, 2023; Light, 2004; Luke, 2004; Reitz, 2018; Stevenson, 2023; Vogel, 2004). Estos esfuerzos teóricos se inscriben en una línea marxista crítica que busca realizar una negación determinada de las condiciones existentes. Con esto no se hace referencia solo a la formulación de una crítica teórica, ni a la declaración abstracta de voluntad de cambio. Se entiende la negación concreta como la conjugación de un marco teórico riguroso con prácticas políticas efectivas –programas, estrategias organizativas, alianzas sociales, reformas institucionales y rupturas en los mecanismos de reproducción– que permitan incidir sobre las relaciones materiales de producción y, por ende, transformar las condiciones objetivas.

La necesidad de transformación radical de la sociedad no es una ensañación o un deseo vago de unas cuantas personas. De hecho, la tarea de la teoría crítica no solo es la de hacer diagnósticos sociales, sino también hacer crítica radical con miras a dicha transformación social. Así pues, en buena medida, la obra de Marcuse es una búsqueda constante de las posibilidades históricas para que se dé tal transformación. Sin embargo, Marcuse tampoco es ingenuo al considerar que dichas posibilidades históricas se den fácticamente como consecuencia lógica de la crítica, pero la crítica es necesaria para seguir considerando una sociedad en mejores condiciones. El mismo Marcuse vio en su momento cada vez más complicadas las posibilidades para el éxito de dicha tarea, pues la naturalización ideológica del sistema ha llegado a tal punto que resulta “más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo” (Jameson, 2003, 76).

Pese a ello, seguir apelando al pensamiento de Marcuse en discusiones actuales no implica una actitud nostálgica, pues este tiene mucho que aportar al análisis social contemporáneo. Quizá incluso pueda decir aún más hoy que hace 50 años, tras haber visto las consecuencias sociales, psicológicas, políticas y económicas del desarrollo del sistema capitalista. En palabras de Reitz:

“Las cáusticas condenas de Herbert Marcuse, hace más de 50 años, contra el capitalismo estadounidense y sus sistemas de despilfarro económico, distorsión de la riqueza, tendencias neofascistas, represión policial basada en la raza, guerra del terror y degradación medioambiental, son especialmente oportunas y merecen un debate vigorizado en los círculos culturales y políticos de hoy.” (Reitz, 2021: 87)

En las últimas décadas, la crisis ecológica ha alcanzado niveles alarmantes, y se ha vuelto cada vez más evidente que nuestro planeta está en peligro. Las temperaturas globales están aumentando, los ecosistemas están desapareciendo, la biodiversidad se está reduciendo y la calidad del aire y del agua se está deteriorando. En las últimas décadas se han multiplicado los discursos y las políticas que promueven la protección del planeta, pero la mayoría de ellos permanecen atrapados en la lógica del sistema que los genera. Bajo la apariencia de responsabilidad individual o de reformas sostenibles, se mantiene intacto el entramado de intereses económicos y de poder que produce la crisis ecológica. Sin embargo, estas medidas a menudo se centran en soluciones superficiales, sin cuestionar el sistema económico y social subyacente que impulsa la crisis ecológica.

La vigencia de Marcuse radica en que sus ideas siguen ofreciendo una alternativa crítica frente a otros enfoques, particularmente en el terreno ecológico (Stevenson, 2023). Su pensamiento no apunta a una negación absoluta de lo existente, sino a la identificación de las potencialidades emancipatorias latentes en la sociedad contemporánea: la posibilidad de una transformación cualitativa de las relaciones entre los seres humanos, la técnica y la naturaleza. Este horizonte, sin embargo, se ha desdibujado en ciertos debates marxistas actuales, que tienden a privilegiar la crítica estructural sin atender al componente subjetivo y libidinal del cambio social.

En este marco, diversas perspectivas contemporáneas abordan la crisis ecológica desde un enfoque crítico que busca ir más allá de las respuestas reformistas o tecnocráticas, orientándose hacia las raíces estructurales del problema. Cabe señalar que los ejemplos mencionados no agotan el panorama de la teoría crítica ecológica, pero permiten advertir un punto en común: la convicción de que el capitalismo constituye la causa estructural de las crisis ambientales y que solo su transformación radical puede abrir un panorama verdaderamente emancipador. Al explorar las causas subyacentes, se hace evidente que estas perspectivas no se limitan a la ecología; más bien, están intrínsecamente conectadas con problemáticas integrales, como las cuestiones de género, raza, etnia y economía. Esta forma de aproximación revela una crítica radical que busca transformar no solo el ámbito ambiental, sino también los

sistemas entrelazados de opresión y de no libertad que caracterizan la sociedad contemporánea. Las siguientes reflexiones no tienen la pretensión de ser exhaustivas en cuanto a la problemática, sino más bien ofrecer ejemplos de un tema ampliamente debatido en la actualidad, para el cual el pensamiento de Marcuse contribuye significativamente a un diálogo en curso.

En primer lugar, el pensamiento de Herbert Marcuse ha encontrado en Charles Reitz a uno de sus intérpretes más lúcidos y comprometidos con la praxis transformadora. Como filósofo y pedagogo estadounidense, Reitz ha dedicado décadas a rescatar y actualizar la teoría crítica marcuseana, demostrando su vigencia para enfrentar las crisis ecológicas y sociales del siglo XXI. Sus obras⁷ articulan una propuesta radical: el *Green Commonwealth*, un proyecto político que integra la emancipación humana con la restauración ambiental. Esta visión se fundamenta en la desmercantilización de la vida, la justicia racial y de género, y la reestructuración anticapitalista de la producción, ofreciendo una alternativa concreta al colapso socioambiental que caracteriza nuestra era.

Según Reitz, siguiendo a Marcuse (2018), la transformación radical parte del proceso de transformación laboral, pero no se limita a él. Si bien la reorganización del trabajo constituye un aspecto inicial y crucial –pues el trabajo produce la riqueza material sobre la cual se reproduce la vida social–, una transformación realmente radical debe además garantizar la sustentabilidad ecológica de la humanidad y la integridad de la biosfera. “Una ecología humanista debe estar libre de los patrones discriminatorios familiares del pasado y eliminar el infame –aunque no reconocido– estatus de casta de las minorías raciales, así como el abuso y la violación basados en el género”, según Reitz (2018: p. 9). Este enfoque debe desmantelar todos los obstáculos tradicionales que limitan el desarrollo humano y propiciar condiciones mejores para el futuro de toda la humanidad. Para ello, no basta únicamente con las luchas particulares y el mejoramiento o progresividad en la calidad de vida en esos aspectos, sino que requiere de una ampliación a todas las dimensiones de la vida.

Así pues, en la construcción de una economía política crítica y la búsqueda del socialismo radical, Reitz parte de la visión “utópica” de un nuevo sistema mundial. Recordemos que la visión utópica que Marcuse (1986) rescata no es la de una imposibilidad fáctica, sino la de la búsqueda de mejoras materiales de la vida humana a partir de condiciones posibles y no ilusorias. Ahora bien, aunque la sociedad industrial avanzada, con su alta tecnología y productividad, parece obstaculizar esta alter-

⁷ Véase Reitz (2018, 2023) para ampliar más el diagnóstico, la crítica y la propuesta del autor.

nativa, se sugiere que una nueva estructura intercultural en la producción, propiedad y administración de la *Commonwealth* puede llevar a cabo los objetivos revolucionarios de rehumanización, como la igualdad económica y política, la libertad en el trabajo, entre otros factores.

Charles Reitz propone el *Green Commonwealth* como una estrategia que va más allá de la mera redefinición de la comunidad o de agregar políticas “verdes” a las condiciones dadas. Se refiere a una sociedad global que se basa en la igualdad política y económica, la abundancia y la solidaridad intercultural. Esta propuesta destaca como una alternativa cualitativamente diferente y transformadora, que aborda las raíces mismas del capitalismo. Su visión es la de una comunidad integral cuyos fundamentos difieren radicalmente de la competencia, el odio, la agresividad y la propiedad privada promulgados por el sistema capitalista.

El concepto de *Green Commonwealth* representa la culminación de este proyecto. No se limita a criticar el capitalismo, sino que propone un horizonte normativo de transformación: la igualdad racial y de género, la liberación del trabajo alienado, la restauración de los ecosistemas y una cultura orientada hacia la abundancia compartida y la paz. Más que un programa práctico, este horizonte expresa las condiciones cualitativas de una sociedad emancipada, cuya realización exige una transformación radical de las estructuras materiales y de la subjetividad. Reitz insiste en que esta agenda requiere expropiar a los expropiadores, socializar la economía sector por sector, y desmantelar la maquinaria bélica y extractivista. Su llamado a una “contraofensiva” ecológica no es retórico: se basa en el poder latente de las clases trabajadoras y los movimientos sociales para construir, desde ahora, los cimientos de un mundo poscapitalista.

Por su parte, aunque Nancy Fraser no se inscribe explícitamente en la tradición marcusiana, su obra reciente constituye un aporte fundamental para comprender las dinámicas contemporáneas del capitalismo y su relación con la crisis ecológica desde una perspectiva crítica. En *Capitalismo caníbal* (2023), Fraser propone un diagnóstico estructural de la crisis civilizatoria actual, mostrando que el capitalismo no solo produce explotación económica, sino que devora –de manera literal– la expropiación de pueblos racializados (tierras, recursos y trabajo no remunerado), el trabajo de cuidados feminizado e invisibilizado, el saqueo de la naturaleza como reserva gratuita de insumos, y el aparato estatal que garantiza este modelo mediante leyes, infraestructura y represión. Su conceptualización del capitalismo como un “orden social depredador” permite comprender la crisis ecológica no como un daño colateral de la

modernización, sino como un rasgo constitutivo del sistema. Esta arquitectura explica por qué el capitalismo es intrínsecamente “caníbal”: para mantener su acumulación, debe consumir sus propias condiciones de posibilidad hasta el borde del colapso. El resultado es lo que Fraser denomina una crisis orgánica, donde las contradicciones del sistema alcanzan un punto de no retorno, minando incluso la capacidad de imaginar soluciones dentro del marco existente.

Aunque Fraser no dialogue directamente con Marcuse, su crítica converge con varios núcleos de la teoría crítica marcusiana. En primer lugar, ambos autores desmontan la ideología que concibe al capitalismo como un sistema neutral o autorregulable: según Marcuse, la dominación se reproduce a través de la racionalidad tecnológica y las falsas necesidades; según Fraser, mediante la economía política de la expropiación y la institucionalización de jerarquías raciales y de género al servicio de la acumulación. En ambos casos, la dominación de la naturaleza está estrechamente vinculada con la dominación social.

En el campo de la ecología política, Fraser denuncia la ilusión del “capitalismo verde”⁸ y de los enfoques tecnocráticos que pretenden gestionar la crisis climática sin transformar las relaciones sociales subyacentes. Su propuesta de construir un “bloque contrahegemónico transambiental y anticapitalista” (Fraser, 2023: 175) no solo coincide con la crítica de Marcuse a las formas de integración ideológica del capitalismo, sino que actualiza su llamado a una praxis emancipatoria capaz de articular la transformación material y subjetiva. De hecho, la apuesta de Fraser por una racionalidad social alternativa, que reorganice la producción y reproducción en función de la vida y no de la ganancia, prolonga de manera contemporánea el horizonte interpretativo de Marcuse de reconciliación entre humanidad y naturaleza.

Por ello, la incorporación de Fraser en este análisis no responde solo a afinidades temáticas, sino a la necesidad de mostrar cómo la tradición crítica puede ser reactualizada frente a los desafíos del presente. Su obra permite actualizar, en clave “ecosocial” y feminista, problemas que ya Marcuse había anticipado: la integración de la dominación, la gestión administrada de la crisis y la neutralización de la imaginación utópica. Así pues, Fraser ofrece claves teóricas indispensables para continuar la línea abierta por Marcuse, reforzando la tesis central de este trabajo: la crítica ecológica solo puede ser efectiva si se articula como crítica radical del capitalismo.

⁸ El concepto de capitalismo verde se refiere a la idea de que la economía de mercado puede usarse para resolver problemas sociales y ambientales y que la solución a estos problemas puede ser rentable. No obstante, mediante esta estrategia se busca profundizar en el modelo de concentración de la riqueza y la mercantilización de todos los aspectos de la vida a través de un discurso ambientalista y de desarrollo sostenible (Ayala/Tenthoff, 2012).

Ahora bien, en el contexto de creciente urgencia ecológica, el trabajo de Kohei Saito emerge como una contribución fundamental para repensar las relaciones entre marxismo y ecología. Este autor, a través de una minuciosa investigación de los manuscritos originales de Marx, ha revitalizado el potencial ecológico del pensamiento marxista, demostrando su relevancia para enfrentar los desafíos del Antropoceno. Aunque su obra no dialoga explícitamente con Herbert Marcuse, comparte con la tradición de la Escuela de Frankfurt una crítica radical a la racionalidad instrumental del capitalismo y la búsqueda de alternativas civilizatorias.

El concepto de “ruptura metabólica” constituye uno de los aportes centrales del ecosocialismo contemporáneo para comprender la crisis ecológica desde una perspectiva crítica. Si bien Kohei Saito (2022a; 2022b) ha contribuido recientemente a revitalizar este debate a partir de una nueva lectura de Marx, es importante reconocer que la formulación original de la teoría de la ruptura metabólica fue elaborada por John Bellamy Foster (2004), quien retomó la crítica marxiana al desgarramiento entre sociedad y naturaleza producido por el capitalismo industrial. Foster argumenta que Marx, especialmente en sus cuadernos científico-naturales de la década de 1860, comprendió que el capitalismo interrumpe los ciclos ecológicos fundamentales al subordinar los procesos naturales a la acumulación de capital (Foster, 2004).

Sobre esta base teórica, Saito profundiza el análisis filológico y sistemático de los manuscritos tardíos de Marx para mostrar que esta crítica metabólica no fue marginal en su pensamiento, sino que forma parte de su madurez teórica (Saito, 2022a: 14). En contra de interpretaciones que acusan a Marx de “prometeísmo”, Saito sostiene que Marx abandona explícitamente la idea de dominación de la naturaleza para adoptar una concepción de regulación racional del metabolismo entre sociedad y naturaleza. Esta transformación se hace patente hacia 1868, cuando, influido por los estudios de Justus von Liebig sobre el agotamiento de los suelos, Marx reconoce que el capitalismo viola de forma sistemática las condiciones naturales de reproducción social y ecológica.

Aunque Saito no hace referencia explícita a Marcuse –y probablemente no articula su trabajo desde la tradición de la teoría crítica–, su lectura resulta relevante para esta discusión por dos razones. Primero, porque permite reconstruir las bases ecológicas del marxismo desde una crítica estructural del capitalismo, algo también presente en Marcuse cuando este denuncia el carácter destructivo del principio de rendimiento. Segundo, porque tanto Saito como Marcuse comparten una intuición

fundamental: la crisis ecológica no puede resolverse dentro de la lógica capitalista, pues está enraizada en sus formas de producción, racionalidad y organización social.

La propuesta del “comunismo del decrecimiento” que Saito identifica en Marx (2022b) –basado en la reducción del tiempo de trabajo, la reorganización democrática de la producción y el respeto a los límites ecológicos– converge con la crítica marcusiana a las “falsas necesidades” y con su llamado a transformar el principio de realidad impuesto por el capitalismo. En ambos casos, el problema ecológico no se reduce a una cuestión técnica, sino que implica una transformación civilizatoria que articule emancipación humana y reconciliación con la naturaleza. Más que un ejercicio exegético, el proyecto de Saito tiene implicaciones prácticas inmediatas. Al revelar las raíces metabólicas de la crisis civilizatoria, provee herramientas conceptuales para construir alternativas que combinen igualdad social y sostenibilidad ecológica (Saito, 2022b: 242). Su obra confirma que, en tiempos de colapso ambiental, el marxismo, leído en su radical potencial ecológico, sigue siendo un recurso indispensable para imaginar futuros viables más allá de la dicotomía entre capitalismo verde y catastrofismo apocalíptico.

Si bien las propuestas de Reitz, Fraser y Saito constituyen aportes valiosos para pensar horizontes de reorganización social poscapitalista, es necesario evitar su lectura como soluciones ya disponibles. Su fuerza reside menos en ofrecer programas acabados de transición que en abrir un campo estratégico de disputa política frente al capitalismo fósil y la razón tecnocrática. Ahora bien, estas perspectivas afrontan un límite común que Marcuse, y otros autores como Horkheimer y Adorno, ya había señalado con lucidez: la brecha entre crítica y praxis en sociedades altamente administradas, donde incluso los impulsos emancipatorios corren el riesgo de ser absorbidos por el sistema (Marcuse, 2005, 2021a). Sin una transformación subjetiva y cultural capaz de subvertir las formas dominantes de deseo, consumo y productividad, incluso los proyectos radicales pueden instrumentalizados dentro del orden existente como formas de “gestión ecológica” compatibles con el capital –una crítica que Marcuse ya anticipaba al advertir la capacidad del sistema para neutralizar la negatividad social mediante la integración ideológica–. Reconocer este desafío implica aceptar que la transición ecosocial no puede reducirse a reformas técnicas ni a mecanismos redistributivos, sino que exige una reconfiguración cualitativa de las necesidades y de la racionalidad social (Marcuse, 1969). En este sentido, las estrategias contemporáneas del ecosocialismo crítico no sustituyen a Marcuse: reactualizan su exigencia

central de articular crítica radical, transformación material y liberación de la sensibilidad como condiciones inseparables de cualquier proyecto ecológico emancipador.

4 CONCLUSIONES

El pensamiento de Herbert Marcuse conserva una vigencia indiscutible en el marco de la actual crisis ecológica. Aunque no formuló una teoría ambiental sistemática, su crítica de la racionalidad tecnológica, del principio de rendimiento y de las formas modernas de dominación permite comprender la crisis ecológica como una expresión histórica de la dominación social, y no como un problema técnico o accidental. Desde esta perspectiva, la catástrofe ambiental es inseparable de la estructura del capitalismo avanzado y de su lógica expansiva, fundada en la explotación tanto de la naturaleza externa como de la naturaleza interna de los individuos.

Como se ha argumentado en este trabajo, la crítica ecológica en Marcuse solo puede ser entendida en clave política. Cualquier intento de resolver la crisis medioambiental dentro de los márgenes del capitalismo –ya sea mediante ajustes tecnológicos, reformas ambientales superficiales o versiones de “capitalismo verde”– no hace sino administrar los síntomas sin cuestionar las causas estructurales. Marcuse advierte que la técnica bajo el capitalismo no es neutral: está configurada por relaciones de poder que orientan su desarrollo hacia la dominación y la acumulación (Marcuse, 1967, 1971). Por ello, la solución ecológica no puede limitarse a “ecologizar” la técnica o hacerla más eficiente; debe subvertirse el carácter represivo de la racionalidad tecnológica y ponerla al servicio de la vida.

Este giro exige, como señala Marcuse, una transformación no solo económica y política, sino también subjetiva y cultural. Su propuesta de una “nueva sensibilidad” no se reduce a un cambio moral o ético, sino que implica la emergencia de formas alternativas de experiencia y percepción del mundo que hagan posible una relación no destructiva con la naturaleza. Esta sensibilidad se opone a la lógica utilitaria que reduce la vida a productividad y consumo, y abre espacio a valores como la contemplación, la solidaridad, el cuidado y la belleza (Marcuse, 2003). Desde esta perspectiva, el arte y la dimensión estética se convierten en fuerzas liberadoras, al permitir imaginar y anticipar posibilidades de existencia no sometidas al principio de rendimiento.

Sin embargo, pensar una transformación ecológica radical requiere también abordar las dimensiones colectivas y políticas de la emancipación. Como sostiene

Reitz (2021), las luchas ecológicas contemporáneas no pueden circunscribirse a demandas ambientales aisladas, sino que deben articularse con otras luchas contra la explotación, el racismo, el patriarcado y las múltiples formas de dominación social. Autores contemporáneos como Reitz, Fraser y Saito ofrecen instrumentos complementarios: algunos aportan marcos para traducir diagnóstico en propuestas políticas interseccionales; otros reavivan en clave marxista la noción de ruptura metabólica que conecta metabolismo social y límites naturales.

Solo una praxis ecosocialista capaz de articular necesidades radicales y construir alianzas políticas amplias puede desafiar la racionalidad destructiva del capital. Marcuse aporta elementos decisivos para una teoría crítica de la crisis ecológica: una comprensión histórica de su raíz social, una denuncia de las falsas soluciones sistémicas, una articulación entre ecología y emancipación y una defensa de la transformación subjetiva como parte del cambio social. Recuperar su pensamiento no es un ejercicio arqueológico, sino una necesidad política para pensar cómo superar la barbarie ecológica del presente y abrir horizonte a una civilización postcapitalista basada en la reconciliación entre humanidad y naturaleza.

REFERENCIAS

- AYALA, Martín/TENTHOFF, Moritz (2012): *El capitalismo verde: Otra cara del mismo modelo*, Bogotá, COSPACC.
- BUTLER, Judith (2020): *La fuerza de la no violencia*, Bogotá, Paidós.
- CHEN, Xueming (2018): “Herbert Marcuse: The Marxist Path to Ecological Revolution”, en Wu, Lihuan/Liu, Baixiang (eds.): *The Ecological Crisis and the Logic of Capital*, Boston, Brill, 382–399.
- DAVID GIRALDO, J. Sebastian (2024): “Herbert Marcuse y la transformación social: Una aproximación a la relación entre estética y política”, en Sánchez Marín, Leandro/David Giraldo, J. Sebastian (eds.): *Unidimensionalidad y teoría crítica. Estudios sobre Herbert Marcuse*, Medellín, Ennegativo Ediciones, 377–396.
- DELLA VOLPE, John (2022): *Fight: How Gen Z is channeling their fear and passion to save America*, Nueva York, St. Martin’s Press.
- FEENBERG, Andrew (2023): *The Ruthless Critique of Everything Existing: Nature and Revolution in Marcuse’s Philosophy of Praxis*, Nueva York, Verso.
- FOSTER, John Bellamy (2004): *La ecología de Marx: Materialismo y naturaleza*, Barcelona, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo.
- FRASER, Nancy (2023): *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- FRÍAS, Gabriel (2021): “El Catálogo de la Tierra completa. Un puente entre la contracultura y la cibercultura”, *Revista de la Universidad de México* 25, 24–29.

- GORZ, André (2008): *Crítica de la razón productivista*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- GORZ, André (2012): *Ecológica*, Buenos Aires, Clave Intelectual.
- GUDYNAS, Eduardo (2015): *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la naturaleza*, Buenos Aires, CEDIB.
- HORKHEIMER, Max/ADORNO, Theodor W. (2009): *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta.
- JAMESON, Fredric (2003): “Future City”, *New Left Review* (21), 65–79.
- LESSENICH, Stephan (2019): La sociedad de la externalización, Barcelona, Herder Editorial.
- LIGHT, Andrew (2004): “Marcuse’s Deep-social Ecology and the Future of Utopian Environmentalism”, en Abromeit, John/Cobb, W. Mark (eds.): *Herbert Marcuse: A critical reader*, Nueva York, Routledge, 227–235.
- LU, Jackson G. (2019): “Air pollution: A systematic review of its psychological, economic, and social effects”, *Current Opinion in Psychology* 32, 52-65.
- LUKE, Tim (2004): “Marcuse’s Ecological Critique and the American Environmental Movement”, en Abromeit, John/Cobb, W. Mark (eds.): *Herbert Marcuse: A critical reader*, Nueva York, Routledge, pp. 236–240.
- MARCUSE, Herbert (1967): “Libertad y agresión en la sociedad tecnológica”, en: *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo XXI, 50–89.
- MARCUSE, Herbert (1969): *La sociedad industrial y el marxismo*, Buenos Aires, Editorial Quintaria.
- MARCUSE, Herbert (1970): *La sociedad opresora*, Caracas, Editorial Tiempo Nuevo.
- MARCUSE, Herbert (1971): *Herbert Marcuse: La agresividad en la sociedad industrial avanzada y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial.
- MARCUSE, Herbert (1975): *Un ensayo sobre la liberación*, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- MARCUSE, Herbert (1986): *El final de la utopía*, Barcelona, Planeta Agostini.
- MARCUSE, Herbert (2001): *Guerra, tecnología y fascismo. Textos inéditos*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Fundação Editora da UNESP.
- MARCUSE, Herbert (2003): *Eros y civilización*, Barcelona, Ariel.
- MARCUSE, Herbert (2005): *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona, Ariel.
- MARCUSE, Herbert (2020): *Escritos sobre ciencia y tecnología*, Medellín, Ennegativo Ediciones.
- MARCUSE, Herbert (2021a): *Escritos sobre ecología y política*, Medellín, Ennegativo Ediciones.
- MARCUSE, Herbert (2021b). *Revolución cultural*, Medellín, Ennegativo Ediciones.
- Meadows, Donella/Meadows, Dennis/Randers, Jørgen/ William, Behrens (1972): *Los límites del crecimiento: Informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- MULLINIX, Nayiri (2024, febrero 14): “Nearly 15% of Americans deny climate change is real, AI study finds”, *University of Michigan News*.

- <https://news.umich.edu/nearly-15-of-americans-deny-climate-change-is-real-ai-study-finds/>
- PASQUINI, Giancarlo/SPENCER, Alison/TYSON, Alec/FUNK, Cary (2023, agosto 9): “Why Some Americans Do Not See Urgency on Climate Change”, *Pew Research Center*. <https://www.pewresearch.org/science/2023/08/09/why-some-americans-do-not-see-urgency-on-climate-change/>
- REITZ, Charles. (2018): *Ecology and Revolution: Herbert Marcuse and the Challenge of a New World System Today*, Nueva York, Routledge.
- REITZ, Charles (2021): “Herbert Marcuse Today: On Ecological Destruction, Neofascism, White Supremacy, Hate Speech, Racist Police Killings, and the Radical Goals of Socialism”. *Theory, Culture & Society* 38/7–8, 87–106.
- REITZ, Charles (2023): *The Revolutionary Ecological Legacy of Herbert Marcuse*, Cantley, Daraja Press.
- SAITO, Kohei (2022a): *La naturaleza contra el capital: El ecosocialismo de Karl Marx*, Barcelona. Bellaterra.
- SAITO, Kohei (2022b): *Marx in the Anthropocene: Towards the Idea of Degrowth Communism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- STEVENSON, Nick (2023): “Teoría crítica en el Antropoceno: Marcuse, el marxismo y la ecología”, en Sánchez Marín, Leandro/David Giraldo, J. Sebastian (eds.): *Ensayos sobre la teoría crítica de la sociedad. A 100 años del Instituto de Investigación Social*, Medellín, Ennegativo Ediciones, 913–935.
- SVAMPA, Maristella (2021): *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- VOGEL, Steven (2004): “Marcuse and the ‘New Science’”, en Abromeit, Jhon/Cobb, W. Mark (eds.): *Herbert Marcuse: A critical reader*, Nueva York, Routledge, pp. 241–245.